

La batalla que nunca fue

Santos Juliá

Jorge M. Reverte, *La caída de Cataluña*, Barcelona, Crítica, 2006, 555 págs.

Culmina Jorge M. Reverte con esta tercera entrega una singular aventura histórico-literaria: recorrer con los ojos y los oídos bien abiertos tres momentos cruciales de la guerra civil española, la defensa o batalla de Madrid, la batalla del Ebro y, ahora, la caída de Cataluña: otoño de 1936, verano de 1938, invierno de 1939, tres estaciones que sellaron el destino de la República española. En la primera, el éxito en la defensa fue el prelude de una guerra larga, de desgaste; en la segunda, la ruptura del frente por el ejército republicano demostró que la República había logrado recomponer sus fuerzas, pero sólo hasta que la contraofensiva de las tropas de Franco rompiera a su vez el frente republicano. Ahora, en la tercera ya no habrá defensa, ya no habrá nadie dispuesto a la batalla: Barcelona, como titula Reverte la cuarta jornada de este relato, cae sin gloria. Han pasado más de dos años desde la defensa de Madrid y, con la caída de Barcelona, la República española está también a punto de sucumbir

Sin ser historiador profesional, Jorge Reverte, ha escrito con éste su tercer libro de historia entendida a la manera aristotélica como variante de la poética, de la narrativa. De historia va el libro porque lo que en él se cuenta está sostenido en documentación de primera mano, en una abundante bibliografía y en las conversaciones con muchos protagonistas que forman luego parte de la trama. Reverte ha trabajado como historiador desempolvando documentos pero también prestando atención a las voces y los murmullos que llegan del pasado. Es una tradición que en relación con la guerra cuenta con un antecedente de lujo: el espléndido libro de Ronald Fraser, *Recuérdalo tu y recuérdalo a otros*. Pero en Reverte lo que pueda haber de historia oral, de incorporación de voces de protagonistas, es sólo una parte de una gran corriente en la que avanzan juntos análisis de las relaciones entre dirigentes de partidos, de tensiones entre los responsables de diferentes gobiernos, sin dejar de lado los tropiezos y enconos entre personalidades del calibre de Negrín y Azaña (una tormentosa relación que, por cierto, no acabó con el paso de la frontera: en junio de 1940, con los alemanes bombardeando Burdeos, Negrín tuvo el coraje y el valor de acercarse a Montauban por ver si podía llevarse Azaña en el barco que le esperaba en el puerto).

Al montar con tan diversos materiales una historia construida a la vez desde abajo, siguiendo las peripecias de personajes que sin el narrador carecerían de nombre, y desde arriba, contando las relaciones entre los mandos e interpretando estrategias política y militares, Reverte no ha evitado riesgos al optar por un relato día a día, comenzando realmente el 22 de diciembre de 1938 y poniendo punto final el 13 de febrero de 1939, cuando ya no queda ni un palmo de Cataluña ocupado por soldados republicanos. Como Cataluña, los días de esta historia van cayendo también uno a uno, pero no en un galimatías de fragmentos sin más conexión que su presencia sucesiva o yuxtapuesta, sino como un flujo, como un río de sensaciones, actitudes, valores, miedos, esperanzas, pequeñas historias o fortuitos encuentros, en los que aparece la crueldad como la generosidad, el odio como el amor, el miedo y la huida como la entrega y el sacrificio: ¡esa Neus a la que tantos desesperados llaman: Nieves, Nieves, y que vuelve sobre sus pasos para cuidar de ellos después de haber cruzado la frontera! Todo aparece frágil, tantas vidas de gentes atrapadas en acontecimientos que no controlan, pendientes de un azar.

Pero además de estas vidas cruzadas, Reverte estudia las relaciones entre el gobierno presidido por Negrín y el presidido por Companys o entre el general Rojo y el coronel Casado, y atiende con especial cuidado a los momentos dramáticos de la entrada de las tropas de ocupación en pueblos y ciudades de Cataluña. Aunque no han faltado historiadores catalanes que hayan presentado la guerra civil como guerra entre España y Cataluña, más cierto es que hubo también, con todas sus consecuencias, una guerra civil catalana, tan evidente en la cifra de catalanes exiliados o asesinados durante los primeros meses de la guerra como en la masa de población que ahora sale a las calles a celebrar la llegada de los vencedores. Pues en Barcelona, como a las pocas semanas en Madrid o en Valencia, los vencedores actúan como lo que dicen ser desde los membretes de sus oficios: un ejército de ocupación, recibido entre aclamaciones y servido por nuevas autoridades locales que desde ayuntamientos o jefaturas del Movimiento se harán cargo de la depuración y represión de los vencidos. Porque, en verdad, la historia no siempre fue como la memoria quiere.